

Eminentemente

Francisco Fuster



José Ortega y Gasset
Jordi Gracia
Madrid, Taurus, 2014

Bajo el título genérico de «Españoles eminentes», la Fundación Juan March lleva varios años auspiciando sucesivos ciclos de conferencias sobre figuras destacadas de la cultura española, impartidas por especialistas de reconocido prestigio. Desde finales de 2012, dicho proyecto se ha visto afianzado y ampliado con la publicación por parte de la editorial Taurus de una colección de biografías homónima, dirigida por Juan Pablo Fusi y Ricardo García Cárcel, y diseñada –como explicaba Javier Gomá en la nota que sirvió como carta de presentación de la serie– para ofrecer en cada uno de sus títulos «una semblanza interesante, individualizada y realista del curso de su vida [la del biografiado] proporcionando al lector los resultados sintetizados de la última investigación más

que cada uno de los detalles eruditos de ésta». Con este loable propósito de acercar a un público amplio –«un lector culto no académico»– la trayectoria de algunas de las personalidades más relevantes de nuestra historia (españoles de «méritos sobresalientes» que carecen todavía hoy de una «biografía moderna»), son varios ya los volúmenes han ido apareciendo y han servido para actualizar nuestros conocimientos sobre nombres tan insignes como Ignacio de Loyola, el cardenal Cisneros, Pío Baroja o Miguel de Unamuno.

En este contexto editorial se sitúa la reciente aparición de este *José Ortega y Gasset*, libro en el que Jordi Gracia nos brinda la que está llamada a ser, durante mucho tiempo (será difícil que alguien lo remedie, al menos a corto plazo), la biografía definitiva del autor

de *España invertebrada*. Un poliédrico acercamiento que parte de una irresoluble paradoja («[e]sta es la historia de una frustración y es también la historia de un éxito insuficiente») y que no oculta –ni pretende ocultar– la pasión del propio Gracia por su biografiado, sin caer por ello en ningún momento en la parcialidad o el juicio deliberadamente subjetivo, a favor o en contra. De hecho, me atrevo a decir que, si algo caracteriza esta pormenorizada semblanza es el meticuloso uso de una bibliografía oceánica en la que destacan, como no podría ser de otra manera, las *Obras Completas* de Ortega y esas «dos formas de restitución del pasado» que son el epistolario inédito del filósofo y el memorialismo o las evocaciones autobiográficas dispersas en su producción literaria o en la de quienes convivieron con él. Gracias a su conocimiento de este material y a una labor de lectura y filtro de datos que presumo titánica, el autor nos ofrece un perfil del personaje en el que el lector se siente, a menudo, si no al lado de Ortega, sí muy cerca de él: de su forma de actuar, de pensar y de escribir. Por eso, y pese a que Gracia establece una diferencia entre una primera mitad del libro en la que «es Ortega quien habla con su voz y con sus ideas, sus sentimientos, sus enfados y sus debilidades», y una segunda en la que su biografía se acelera «porque la historia se acelera también», mi opinión es que la infinidad de citas textuales que trufan las casi seiscientas páginas del relato le dan una coherencia interna y lo dotan de esa capacidad de atracción sin la cual sería muy difícil –sobre

todo para el lector no especialista– seguir una narración que, por otra parte, y es de justicia reconocerlo, adopta un estilo ágil y fluido, poco habitual en el gremio académico.

Teniendo en cuenta que se trata de una biografía cuyo mayor mérito es el de ordenar y actualizar todo lo que se sabemos de un autor sobre el que se ha escrito muchísimo, y no siempre con rigor (son de lectura obligatoria, en este sentido, las catorce páginas de «bibliografía razonada» que con que se cierra el volumen), parece bastante lógico que Gracia empiece su biografía dejando claro que, si para algo debería de servir su esfuerzo de tantos años, es para ayudarnos a separar lo que en la imagen que tenemos de Ortega hay de realidad y lo que hay de mito, que es no poco y que, además, tiene un origen muy variado, del que no se libra ni el propio interesado («[s]i su leyenda empieza por él es porque él empieza también su automitografía»):

La primera de las leyendas que desactiva esta biografía, sin embargo, es la de su mocedad (porque no la hubo); la segunda de las leyendas es la de su marginalidad política (porque peleó y perdió las dos e incluso las tres veces en que actuó como político); la tercera leyenda es la de la impotencia filosófica (porque fue filósofo, pero lo fue primero contra todos y contra sí mismo después); la cuarta leyenda es nada más que una falsedad: no fue nunca franquista (pese a colaborar olímpicamente en el «servicio nacional» de propaganda en 1938); la quinta leyenda es la más difícil de rebatir hoy día, pero creo que el progresivo conservadu-

rismo ideológico no le hizo aliado ni socio cómplice de los fascismos, aunque el falangismo español explotase a mansalva buena parte de su pensamiento aristocratizante, neonobiliario, de casta (p. 14).

Por si el lector alberga una legítima duda, conviene dejar claro que estamos ante una obra en la que la misma intensidad que se exhibe a la hora de ensalzar la aportación de Ortega y Gasset a la cultura española, se pone cuando llega el momento de abordar los aspectos más polémicos de su trayectoria vital, ninguno de los cuales es soslayado o silenciado. Independientemente de que las compartamos o no, las opiniones y los juicios que, a la luz de las fuentes, va emitiendo el autor, nos llegan siempre razonados y acompañados de sus correspondientes «pruebas». Desde ese punto de vista, ni estamos ante un libro voluntariamente provocador o desmitificador (un retrato *ad hominem* –y tal vez por ello, muy sugerente– como el que dedicó Gregorio Morán al Ortega de la posguerra) que busque derribar un mito, ni nos encontramos, tampoco, ante una biografía hagiográfica que pretenda «salvar» al biografiado pasando por encima de los hechos. El *José Ortega y Gasset* de Jordi Gracia es, sobre todo, un libro que trata de comprender a un hombre que, por sus condiciones naturales, parecía condenado al éxito y que, a pesar de ello, cosechó tal cantidad de fracasos personales que, justo cuando atravesaba el momento más difícil de su vida, después de la Guerra Civil y de sus sucesivos exilios y retornos, no pudo reprimir la sensación de vivir

fuera de lugar, en una época que no era la suya:

Ortega encarna un anacronismo ideológico y es a la vez irremplazable analista de un tiempo al que aplica recetas de otro. Por eso su mundo de ideas políticas, su modo de formularlas, su superioridad indisimulada, su aleccionamiento de los demás no guarda conexión con la realidad social de su tiempo, se estrella una y otra vez, frustrante y dolorosamente, contra una realidad incapaz de absorber ni de tolerar siquiera esa pretensión doctrinal, y desemboca en un idealismo de la razón, una planificación de laboratorio desentendida de la realidad empírica y abocada de forma frustrante y desesperada –trágica– al fracaso de los planes trazados en la intimidad del despacho (p. 562).

Con una honestidad que le honra, Gracia reconoce en el epílogo que, si algo se le puede «reprochar» a su libro es no haber podido llegar «a la intimidad de este hombre, al lugar de lo frágil y lo incierto, al espacio intersticial donde la luz se apaga, la melancolía rumia o los sentimientos se licúan sin fuerzas ni para pronunciarse». Es posible que, en efecto, el lector se quede con ganas de saber algo menos –o lo mismo, pues una cosa no quita la otra– del personaje público y algo más de la persona privada, de ese hombre que «fue Pepe desde el principio» y que vivió desde 1910 casado con Rosa Spottorno, «el personaje más enigmático y silencioso de este libro», del que autor apenas hace «un perfil externo, silueteado, sin carne». Es verdad que, puestos a pedir, el lector de biografías

más exigente lo habría querido todo y más: leer al filósofo en sus libros, observar al político en las Cortes, escuchar al conferenciante en el púlpito, y, si se puede, rebasar el umbral de la puerta de casa para meterse en la cocina y hasta en el dormitorio. Claro que sí. Pero, con los medios de los que dispone, el biógrafo solo está obligado a llegar hasta donde pueda (o le dejen) y, en este caso concreto, y conociendo el prurito investigador –sobradamente demostrado– de Jordi Gracia, doy por hecho que, lo que no esté aquí será muy difícil de encontrar en otra parte.

Y digo esto porque, como queda claro desde el primer capítulo, hablamos de un individuo radicalmente atípico que vivió, desde su nacimiento en un ambiente familiar propicio (hijo y nieto de periodistas, y con una familia materna bien posicionada política y económicamente), rodeado de circunstancias –nunca mejor dicho– que no eran las normales. Un hombre singular, «precozmente dotado del sentido de su propia eminencia», que, si bien obtuvo –discutirlo me parecería ridículo– el reconocimiento unánime a su descomunal obra, tanto en España como en Europa, arrastró la pesada carga de no haber poder publicar nunca «los libros definitivos de la filosofía definitiva que había soñado». Tal vez fue lo único que le faltó para convertirse, como probablemente merecía,

en un filósofo de talla mundial: haber escrito, además de una obra tan visualmente poderosa como *La rebelión de las masas* (1930), de la que en dos años se vendieron ciento veinte mil ejemplares en España (¡en aquella España!) y trescientos mil en Alemania, un tratado de filosofía inmortal que lo elevara a ese pedestal sagrado en el que, por ejemplo, está *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1905) de Max Weber y no está la obra sociológica –para mí gusto igual de original, o más– de Georg Simmel, por citar solo a dos contemporáneos suyos. En cualquier caso, y sin querer entrar en el resbaladizo terreno del canon y del lugar que nuestro pensador más internacional ocuparía en él, coincidió con Jordi Gracia en que, «[c]uando Ortega se olvidó de sí mismo, cuando desiste de ser quien es y escribe en libertad, desatado y brioso, entonces es un ensayista arrebatado y arrebatador: el mejor antídoto contra el idealismo embaucador, el más sugestivo intérprete de sucesos en movimiento, el más apto para fabricar en silencio, rumiando, personas libres y contingentemente felices, como lo fue él mismo: un escritor del siglo XXI».¹ Solo por eso, merece mucho la pena leer esta biografía.

1. Jordi Gracia, «Fulgurante Ortega», *El País*, 17 de mayo de 2014.

.....
FRANCISCO FUSTER es doctor en Historia Contemporánea